

ARTICULOS DE PRENSA

DESPUES DEL CRIMEN

Escribe: Rafael Caldera

No ha salido todavía de su estupor la ciudadanía venezolana. El crimen cometido en la persona del Coronel Delgado Chalbaud ha causado una sensación extraña y penosa. Es como si hubiéramos descubierto en el bajo fondo de nuestra vida nacional algo que nunca habríamos sido capaces de imaginar. Porque en la dolorosa serie de circunstancias que nos ha tocado vivir, no habíamos sufrido nunca la experiencia de una atrocidad semejante.

Nunca podrá decirse que el pueblo venezolano ha ignorado sus propias miserias. No hemos tenido —y quizás nos ha faltado en muchas ocasiones para impulsar nuestro desarrollo— complejos de superioridad nacional. Otros pueblos los han aprovechado forjándolos frecuentemente con argumentos artificiales. Nosotros, más bien, hemos sido en el concierto internacional un pueblo humilde, satisfecho sólo de saber que a través de su sacrificio realizó la parte mayor en la tarea emancipadora, pero dolido de los males internos que fueron consecuencia del mismo sacrificio. Hemos padecido de un complejo de inferioridad, que a veces nos ha traído la sorpresa de encon-

trar que no estábamos tan mal como nosotros mismos creíamos y que podíamos presentar sin rubor cosas dignas de ser apreciadas en cualquier parte.

En esa conciencia de nuestra realidad, hemos sido los primeros en reconocer los defectos nacionales. Sabemos que hemos sido inconstantes, dados a la violencia, poco dispuestos a concebir reflexivamente y a construir metódicamente el futuro que nos corresponde. Pero en medio de todo, podíamos llenarnos la boca para afirmar que el atentado frío y alevoso era un hecho ignorado en el curso de nuestra turbulenta historia. Nos parecía imposible que ocurriese. De ahí, esa misma confianza que vino a facilitar el monstruoso hecho de que fuera víctima el Presidente de la Junta Militar.

Por ello, entre los sentimientos penosos que provoca el crimen, quizás el que más se ha manifestado es el de unánime vergüenza nacional. Estamos avergonzados del crimen. Ha desaparecido de nuestros labios el alegato de que en medio de nuestras desazonadas convulsiones, se hallaba ausente el atentado. Por primera vez en nuestra historia, la alta investidura que cubría los hombros de un Magistrado ha caído arrancada por la vesania criminal. Y para reforzar esa vergüenza, el crimen tuvo los peores caracteres que podría revestir. No fué, si quiera, la explosión de un fanatismo suicida lanzado —como ha sucedido en otras partes— sobre el pecho de un estadista. Hubo tal combinación de cir-

custancias, que cada una por sí sola fué bastante para causar aquella sensación de oprobio nacional.

Nunca el atentado ha sido fórmula para solucionar ningún problema. La experiencia siempre confirmada ha venido a dar a este aserto, caracteres de axioma. Y si ello es principio general, mucho más habría de serlo en este caso, en el cual las características del horrendo atentado obligan a excluir todo fin noble. No pudo haber en ello sino barbarie y nada más. Y es deber nacional la inmunización y profilaxis contra ese brote de barbarie, que de no provocar las defensas orgánicas de la reflexión y la prudencia, podría tomar nefastos caracteres.

Después del crimen, ante el dolor nacional originado en la magnitud de la tragedia, la obligación de todos viene a ser precisamente, la de tomar valientemente el camino de la reflexión y la prudencia. Ahora, más que nunca, se hace imperioso meditar con patriotismo sobre la realidad nacional, desoír los consejos de los filósofos de la violencia. Soluciones simplistas, alimentadas en los comentarios del escepticismo perenne, son la peor droga que podría administrarse al corazón maltratado de la Patria.

Dios ha de iluminar la conciencia de todos, para tomar con claridad el camino mejor a los intereses nacionales. La unánime reprobación del atentado es síntoma favorable a una sensata actitud nacional. El camino del crimen debe quedar sellado por la voluntad, en robusta concordancia, de los distintos sectores de la vida venezolana. Más que nunca, ahora exige el nombre de la Patria que sepamos construir una vida ordenada, como seres civilizados.

Sobre la tumba del Coronel Delgado Chalbaud, salvo alguna estridencia, el gesto colectivo ha correspondido a la tradicional hidalguía venezolana. Los venezolanos llevamos en las venas sangre hidalga que supo siempre honrar a los caídos. Delgado Chalbaud fué hombre inteligente, comprensivo y por todos los relatos que se han hecho supo morir valientemente. Inteligencia, comprensión y valentía han sido, precisamente, las cualidades que ha tenido siempre a más orgullo el gentilicio. Desaparece en plena juventud y en la cumbre de su carrera política. Que su recuerdo sirva de acicate para que la condenación del crimen que le segó la vida nos impulse, en un esfuerzo creador y responsable, a construir una decorosa realidad nacional, ins-

pirada por el patriotismo e iluminada por una humana y estable convivencia.

LA MUERTE DE UN HOMBRE JOVEN Y EN PLENITUD CREADORA.

Por José González González

Solamente el odio político llevado a la exageración puede ver, complacido, el hecho, infamante para el gentilicio, consumado sobre la persona del Coronel Delgado Chalbaud.

Muchas y muy turbias pueden ser las páginas dolorosas de la historia política de este país; pero ninguna puede compararse con la horrenda del 13 de noviembre de este año. En política los venezolanos tenemos que asombrarnos de muy pocas cosas, porque las prisiones y los destierros formaron siempre uno como cursillo de capacitación política; pero hechos como éste no pueden jamás considerarse sino al margen de todo concepto político, porque sólo tienen cabida al hablar de hordas y no de naciones. Solamente las recónditas huellas de los tenebrosos días de Zuazola y de Antioñanzas, de los duros y nefastos días de la guerra llamada federal, pueden, en ocasiones, explicar estos hechos, pero entonces había, cuando menos, la justificación de que la ferocidad era bárbaramente heroica y, en cierto modo, una valla que se imponía también a la ferocidad de los contrarios. Pero asesinatos a sangre fría, con premeditación, a traición y sobre seguro, cometidos a pleno día, era especie que desconocíamos — ¡gracias a Dios! — los venezolanos de todos los tiempos. Del tiro de "La Mata Carmelera" al asalto de la "Carmelera" hay la distancia que media entre una campaña en forma y una emboscada mercenaria.

Yo no tuve nada que agradecerle en vida al Coronel Delgado Chalbaud y solamente en dos ocasiones hablé con él, después de noviembre de 1948. Mis obligaciones profesionales me llevaron hasta él; y, en cierta ocasión, fuí por su llamada espontánea. En esas dos oportunidades traté acerca de problemas generales del país; y en las palabras de mi interlocutor había no sólo madurez, conocimiento profundo de las necesidades nacionales, sino la voluntad de realizar, de trabajar, de hacer obra creadora, lo cual está a la vista de todos por lo que corresponde a los dos años, no completos, durante los cuales dirigió, en unión de sus compañeros de Junta, la vida ad-

ministrativa de la nación.

Siempre habrá que deplorar la muerte de un hombre joven y en plenitud creadora; pero cuando a esa juventud y a esa capacidad de crear se une la sincera voluntad de ser útil a Venezuela, de sacarla de la postración en que la dejaron las guerras del pasado y los desgobiernos del presente siglo, la pérdida será muchísimo más dolorosa todavía, porque no siempre pueden ponerse, al servicio de la Patria, voluntad y capacidad. Es mi opinión particular que en el servicio público, Delgado Chalbaud era más lo que sacrificaba personalmente, que lo susceptible de lograr para sí. Tenía fortuna personal, talento, una formación universitaria y vinculaciones familiares de muy marcada influencia en la vida nacional. Todo eso habría bastado para que otro, con criterio cómodo, se apartara de los deberes que la administración pública suele exigir. El poder no podía ofrecerle otra cosa que peligros, como ya lo vimos a la postre, con el máximo sacrificio que un hombre puede hacer. Su austeridad era proverbial; y ella misma explica, sin dudas, el hecho de que anduviese por la ciudad sin escolta, con escasa compañía, hecho suficientemente conocido y aprovechado por quienes prepararon la siniestra celada de su asesinato.

El país puede estar seguro de que perdió a un hombre lleno de talento, de juventud creadora, de dinamismo, de ideas muy claras acerca de nuestros problemas. Esto puedo decirlo yo, sin sombra de lisonja, porque nada le debo al extinto ciudadano; y aparte de mí todo sentimiento innoble para reconocerle, como le reconozco, porque no podría negárselo de modo mezquino, el patrimonio de sus excelencias y virtudes, que sí las tuvo. Ningún bien, ni mal alguno, puede hacerme ahora. No lo veo como a un venezolano más, sino como a un excelente venezolano, calificado de modo especial para el servicio de la República.

Venezuela y solamente Venezuela es lo que puede importarle al venezolano integral en estas circunstancias. Quienes no ambicionamos cargos, ni honores, ni recompensas, ni anhelamos figuración en nada y en ningún tiempo; los que conocemos bien la historia de las inmensas posibilidades de nuestro pueblo, generoso y suave aún en medio de todas sus turbulencias, no podemos, en esta oportunidad sino lamentarnos de la muerte del Coronel Delgado Chalbaud; y condenar el tenebroso mecanismo que la produjo. No ha sido la emboscada, jamás,

el arma usada en Venezuela para eliminar a un hombre. Y de esto, por lo menos, dejemos constancia para el futuro.

En cuanto a la obra que la Patria nos reclama, todos estamos en el deber de emprenderla. Nunca, en lo económico, hubo mayores oportunidades; y al crecimiento de nuestro pueblo, en estos últimos años, desde 1936, podemos agregar ahora el concurso de quienes llegan aquí con la mejor credencial; la del trabajo honesto y sencillo. Solamente una paz permanente, larga, honrosa para todos, llena de la fe común en beneficio de Venezuela, es lo que nos corresponde buscar; y, es lo que, por modo especial, corresponde a quienes compartieron, con el Coronel Delgado Chalbaud, la responsabilidad del poder en los últimos meses, tan llenos de trabajo creador y de solícita preocupación por los seculares e insolutos problemas de la República.

El caos, la anarquía, la grito infecunda, el mutuo desgarramiento, es bueno colocarlo a la distancia. La recuperación institucional de Venezuela, tan ansiada por todos y tan próxima ya, antes del fallecimiento del Coronel Delgado Chalbaud, es una meta que sólo podemos lograr, para que sea firme y permita congregarse a todos los venezolanos en el suelo natal, mediante el propósito de salvaguardar para Venezuela una etapa de tranquilidad pública, de abnegado servicio nacional; con el objeto que la nación se recobre y haya, al fin, una etapa de estabilidad cierta, basada en la mutua tolerancia de todos los venezolanos y en el imperio de la ley, tan anhelado y tan desconocido en Venezuela.

EL MILITAR Y LA MONTONERA

Por Francisco J. Avila

El asesinato del Teniente Coronel Carlos Delgado Chalbaud ha vestido de luto el corazón del pueblo venezolano. Hombres y mujeres de todas las tendencias partidistas se han unido, en un solo haz de sentimientos, para expresar su pesadumbre y manifestar su repudio ante el villano crimen. Por primera vez, durante los 120 años que llevamos como nación libre y soberana, se manchan las páginas de nuestra historia política al narrar lo acontecido en la mañana del día 13. Dejando a un lado la conjuración setembrina y el crimen de Berrecos, que no fué obra de venezolanos, los peores enemigos de nuestros libertadores no se atrevieron

jamás al atentado contra su vida. A pesar de algunos atropellos cometidos por Páez, sus opositores del ala liberal no intentaron jamás la asonada contra su persona. Tales ejemplos de nuestros primeros ductores de la patria quedaron arraigados hondamente en el alma generosa de este pueblo. Ni el despotismo de los Monagas; ni el autocratismo de Guzmán Blanco, ni el Federalismo de Falcón, ni el gomecismo de Gómez se enterraron en el homicidio de sus creadores.

Venezuela ha tenido odiados presidentes de la república, pero no hubo un furioso opositor que proyectase ultimar cobardemente al Primer Magistrado. El venezolano ha escrito, sobre los suelos de América y bajo los cielos del Mundo, una brillante estela de valentía. El venezolano es un hombre valiente y por eso no gusta de los ataques a mansalva; del ataque en gavilla; del ataque a traición; del ataque con alevosía; en fin, de ese ataque, bajo, ruín, salvaje, sádico y canallesco como fué el ataque de Chapellín y el asesinato que perpetraron en Las Mercedes, sin que asomara, ni por un segundo, el simbólico nombre cristiano que lleva esta última urbanización.

El crimen de Las Mercedes tiene para los estudiosos de nuestra realidad política una extraordinaria significación. En aquella casa, que no debería ser jamás habitada sino convertida en un museo, se enfrentaron por breves minutos dos corrientes que están luchando, entre la vida y la muerte, por imponerse entre nosotros. Una es la ya superada corriente primitiva inculta y bestializada que ha dado origen a las montoneras, al caudillismo de parroquia, al caciquismo feudal. Otra es la tendencia moderna, decente, culta y humana, representada por los militares y civiles que desean realizar obra de hondo contenido social dentro de un marco nacionalista y democrático. El verdadero civil y el auténtico militar defienden esta última tendencia. El machetero de oficio y el esclavizador de la peonada se atrincheran en el primer bando. Estas dos corrientes se enfrentaron en la luctuosa mansión de Las Mercedes. Allí estuvieron por un lado, un militar de escuela, culto y caballero, sin más armas que las de su pensamiento; en el otro lado, un "general" de montonera, un experto en la peñilla inclemente, sin más ideas que los ecos de la ametralladora que cargaban sus "oficiales", pobres hombres analfabetos, arastrados a un asesinato bajo los efectos del alcohol y el tinteo de unas cuantas monedas. El militar frente a la montonera; Delgado Chal-

aud frente a Rafael Urbina. La valentía del primero frente a la cobardía del segundo. El último gesto viril de un hombre que estudió varias disciplinas frente al último gesto vil de un cacique que despreciaba la cultura. El militar frente al caudillo de parroquia.

Ahora esos dos hombres están muertos, pero las corrientes que que ellos representaban permanecen con vida. El presente siglo, las nuevas ideas, el espíritu de la gente sensata, todo, todo, nos conduce al deseo de que se extermine el caudillismo para siempre. Todo nos hace pensar que la tragedia del lunes será una lección, dolorosa es cierto, pero una lección oportuna para extirpar de raíz los brotes aislados de la regresión.

En este momento crítico que atraviesa la república, ninguna norma reviste mayor trascendencia como el sano consejo de la prudencia. Pero, los días que vienen deben ser días de mayor serenidad. Hay que apartar a un lado las discrepancias ideológicas y los naturales rencores que hayan surgido por los acontecimientos de los últimos años. La mayoría del pueblo debe comprender que necesitamos realizar la patria grande. Y para eso debemos estar al lado de quienes están dispuestos a que el país se enrumben por los caminos del progreso, por los senderos de la democracia y hacia una meta donde todos obtengamos "la mayor suma de felicidad posible", tal como lo soñaba nuestro Libertador Bolívar.

PASION Y MUERTE DE UN CORONEL.

Por Claribel

Como si estuviese tallado sobre mármol, así aparecía su rostro pálido unguido de serenidad, de quien en vida amó el silencio como su mejor forma de expresión. Allí la elocuente razón de su mesura y comedimiento y casi el definitivo gesto de su elegancia espiritual. Igual que en otros días, cuando en serena charla le urgíamos a dar su palabra para la historia nos detuvimos en el ámbito de su infinita discreción. Era de nuevo el triunfo de la acción mucho más importante que la voz en la definitiva hora de la partida.

Y rememoremos: "nada hay que recuerde tan hermosamente el triunfo de un movimiento como la serena inmovilidad".

El calificativo de "héroe", depreciado por corazones mezquinos en horas de esplendor revolucionario cobraba ahora en él su forma total. Héroe y mártir, todo a un mismo tiempo, y dos veces mártir en el aliento democrático.

Y decimos dos veces porque sentimos llegar en tumultoso torbellino el recuerdo de la arriesgada aventura del "Falke". Tras de aquel rostro marmóreo me pareció ver la sombra gloriosa del General Román Delgado Chalbaud, muerto también heroicamente en lucha por la libertad. Todo el homenaje que el pueblo de Caracas le rindió antier era como un símbolo, como una deuda que se saldaba con el otro, esfumado como fué su gesto en el silencio, cuando murió de cara al sol, también en una trágica mañana.

Corría el año 28. Hazaña marinera, de valientes contornos democráticos la de aquellos hombres que se enfrentaban al terror con heroica simplicidad. Allí venía también el joven Carlos Delgado Chalbaud, versado ya en Filosofía y Letras. Dieciocho años como 18 campanadas de gloria, sueños del corazón y fervor en el alma revolucionaria. Estoy bien segura que en el terrible momento de su martirio el recuerdo doloroso de su juventud retornó a su mente como una golondrina viajera, el recuerdo de aquel día, en que se alejó de las costas venezolanas dejando atrás el cuerpo inanimado de quien le había infundido en todo momento lección perenne de valor.

Pero todo junto a la muerte parece recobrar su exacto sentido. El ala cortada en pleno triunfo de su carrera política, su desaparición dolorosa y prematura, su trágica partida, el árbol podado en plena floración, era como el retorno de sus 18 años, con toda la pureza de sus ideales... Era un retorno fácil y elocuente.

El había salido también solo aquel fatídico 13 de noviembre. Lo acompañaba un edecán, que hacía las veces de amigo. También el otro se había adelantado audazmente solitario ante las fuerzas del caudillo imbatible. Parecía que llevaba una espada flamígera, tal era su ansia de libertad. Pero como hoy la conspira-

ción merodeaba a la sombra.

Más no hablemos de su martirio. No construyamos aún el terrible hecho que terminó para siempre con aquella vida fecunda. Recordemos en cambio como en los días inquietos de la Revolución de Octubre el entonces Mayor Delgado Chalbaud fué modelo de discreción y malicia, que alertaba a sus jóvenes compañeros. No era nunca suficiente el despertar de las pupilas mozas en acecho porque él siempre estaba presente más allá, en los confines de un campo espiritual.

Qué incomprable abandono le abrazó el alma aquella hora menguada? No lo sabemos...

Acaso la conciencia del deber cumplido... Pero lamentablemente el destino de los hombres es otro; la libertad sólo parece comprarse con la muerte. Sólo el cielo estaba azul cuando sus amigos y compañeros en la gloriosa faena dejaron caer tempestades de rosas sobre su cuerpo rígido y la más alta condecoración a su heroicidad brilló sobre su uniforme de ascendido Coronel.

Se había roto el triángulo de armonía pero el pedestal estaba firme, porque su ejemplo perdurable era clara lección de honestidad. Así hablaron ellos, mientras afuera todo el pueblo venezolano le daba con su presencia el hálito de su afecto. Toda la Venezuela que con sinceridad había repudiado el vil atentado, único en la historia del país.

Y hasta su caballo paseaba su negra soledad y en su melancólico trotar repetía el tic-tac de su corazón.

Al correr del tiempo, el Coronel Delgado Chalbaud será siempre recordado como un brillante exponente de las Fuerzas Armadas que les hizo honor en todo momento por su cultura y talento excepcionales. Y como muy bien dijo su noble compañero en lucha por el progreso de Venezuela. "La Patria prosigue su rumbo, y es ella la que nos manda decir ante su hijo esclarecido que con el accidente de su muerte, sorprendente e insólito dentro de las realidades históricas, políticas y sociales del país, no podrá detenerse el progreso material e institucional de la Nación."

